

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

25/12/2013

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

Queridos hermanos,
Santa y dichosa celebración de la Natividad del Señor para todos.

La Liturgia de la Iglesia atiende a tres evangelistas para anunciar, entender y contemplar el misterio del nacimiento de Jesucristo.

Primero el evangelio de Mateo, que nos habla de la situación de María y José, desposados, pero aún no conviviendo en matrimonio, de cómo María espera un hijo, de cómo José se turba, del sueño de José y del ángel que le comunica que aquel niño viene del Espíritu Santo y que viene a salvar a los hombres de sus pecados. Y de cómo José después del sueño, toma a María y la lleva a su casa. Luego Mateo da noticia de forma muy escueta del hecho: **«María dio a luz un hijo y José le puso por nombre Jesús»**. Y añade que esto ocurrió en Belén, en tiempo del rey Herodes. Eso el evangelio de Mateo. Mateo subraya que Jesús tiene un origen divino, no meramente humano, y que viene a salvar al hombre del pecado.

Lucas es el que nos da muchos detalles del nacimiento. Encuadra el nacimiento en la historia universal, cuando el mundo conocía la paz romana, la paz de César Augusto. Nos dice cómo María, ya embarazada, y José tienen que salir de Nazaret y dirigirse a Belén para cumplir una orden imperial: la de ir a inscribirse para un censo del imperio. Nos dice cómo llegados a Belén, a María se le cumple el plazo, da a luz a su hijo y tiene que acostarlo en un pesebre porque no había sitio en la posada. Luego nos cuenta cómo unos pastores son avisados por un ángel: **«Hoy en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor»**. Y el ángel añade lo que deben buscar para reconocer a este niño: **«un recién nacido, fajado con pañales y acostado en un pesebre»**. Nos cuenta también san Lucas, cómo entonces hubo una explosión de júbilo de los ángeles en el cielo que entonaron este canto a la Trinidad: ¡Gloria! San Lucas nos describe los detalles humanos del nacimiento de Jesús, el sometimiento a las leyes humanas de aquel que venía a ser rey, la pobreza, el desvalimiento. Pero también la afirmación de que aquel niño, débil, en pañales, acostado en un pesebre era el Mesías, el Cristo, el Señor. Y cómo ese es un acontecimiento que escapa normalmente a la mirada de los hombres. Sólo unos pocos se enteran de aquello, porque son avisados por los ángeles. Es un aviso extraño, porque los pastores no eran gente especialmente piadosa, con eso san Lucas está diciendo de otra forma, lo que había dicho Mateo, que este niño venía para ser Mesías, salvador y rey de los pecadores. Además en Israel, al rey, al Mesías, se le

imaginaba como el pastor del pueblo, así que este niño, que es el Mesías, el Rey de Israel, llama a hombres seguramente pecadores y a la vez pastores, Él que iba a ser el gran Pastor, el que nos conduce de las tinieblas a la luz, de la soledad del pecado a la comunión y familiaridad con Dios. Esto encaja muy bien con una afirmación que hemos escuchado en la primera lectura: “Tu Dios es rey” Quiere decir, tu Dios gobierna, tiene poder, no es un cualquiera, no rezamos a un trozo de madera, no adoramos un objeto de oro o plata, Nuestro Dios es Rey, y él como pastor poderoso, nos conduce hacia la vida de Dios. Aunque él para guiarnos y para vencer los obstáculos ha elegido la pobreza y la debilidad. El que viene a ser pastor, se rodea de unos pocos pastores y de hombres pecadores.

Y luego tenemos a san Juan, el Evangelio de hoy. Si no referimos las palabras de san Juan a estos detalles que acabamos de repasar puede parecernos que san Juan nos habla de algo extraño. Por eso he querido hacer este repaso.

Mirad los judíos, a lo largo de los siglos habían aprendido que Dios no era un ser frío y distante, una especie de relojero, que había puesto en marcha la creación y se había desentendido de su obra. Dios les había hablado, había llamado a Abraham, y desde entonces había mantenido con ellos un diálogo amoroso. Ésta fue su experiencia durante siglos. Un amor así manifestado durante siglos no podía ser fruto de un capricho de Dios. Si Dios había mostrado un amor así durante siglos, debía tener como razón que Dios, en sí mismo es un misterio de amor, un misterio de amor que se comunica, que se da.

Eso que se empezó a entrever en el AT, que Dios es un misterio de amor, lo verá claro san Juan, después de haber convivido con Jesús, después de haberle visto morir y después de haberlo visto resucitado. ¿Qué es lo que ve claro? Que Dios es amor: «Dios es amor», ésa es una gran afirmación suya, no en evangelio, sino en su primera carta. Eso significa que en sí mismo, Dios es un misterio de amor. No sólo es que ame hacia fuera, no es sólo que ame al hombre, o que ame lo que él ha creado, sino que en sí mismo Dios es un misterio de amor. Este misterio de amor tiene un nombre, la Trinidad: un Padre, que ama y engendra eternamente a un Hijo, un Hijo que recibe eternamente su ser con el amor de su Padre y lo corresponde con amor filial, un Espíritu Santo, que es el vínculo de amor eterno de ambos. Dios es Trinidad, Dios es comunión, Dios es amor.

Ahora, en este misterio de amor que es la Trinidad, fijémonos en el Hijo. El Hijo, además de ser el Hijo eterno, es la Palabra. Ésta es la primera afirmación que san Juan repite en su evangelio de hoy. Habla del Hijo de Dios, del Hijo eterno, como de la Palabra: «**En el principio estaba la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios**». Está diciendo que este Hijo es eterno, Dios de Dios, verdadero Dios con su Padre. El término que usa san Juan y que nosotros traducimos por Palabra o por Verbo es “Logos”, en griego. Logos tiene dos sentidos principales: el primer lugar, logos es razón, verdad, orden; en segundo lugar logos es verbo o palabra y así es comunicación, donación, amor.

San Juan afirma, en un segundo momento, que Dios hizo todo con su Palabra. Con esto está diciendo dos cosas, que el mundo y la historia, que nosotros mismos no

somos el fruto del capricho, ni del azar, ni de casualidad... sino que somos fruto de un pensamiento inteligente de una razón que imprime a todo un porqué y un para qué. Es decir que en el mundo y en nosotros hay un sentido. Eso, por un lado. Por otro está diciendo que esta razón creadora, que a todo imprime un sentido es amor. Somos creados porque somos amamos, somos creados para el amor. Todo tiene su origen en un acto de comunicación, de amor de Dios. Dios crea por su Palabra, es un acto de comunicación de su ser, un acto de amor: **"Todo se hizo por ella"**. Y añade que no sólo se hizo, sino que existe en el presente porque Dios quiere y la mantiene en el ser, dándole su amor: **"Y sin ella no existe nada de cuanto fue creado"**. También nuestro presente está sostenido por el amor actual de Dios.

Esto es una gran noticia: somos fruto de una razón, no de una pasión o un capricho, estamos ordenados, puede que en muchos momentos seamos incapaces de percibirlo, pero nuestra vida tiene un por qué y un para qué. Y somos fruto del amor y nuestro destino es el amor. Amor y razón, que se resumen en esta palabra "Logos", la gran afirmación del principio del Evangelio de hoy.

Pero cuando el evangelio avanza, hay otra afirmación aún más tremenda. San Juan no hace sino interpretar aquello de lo que él ha sido testigo. Ha sido testigo de la vida pública, de la muerte y de la resurrección de Cristo. Y dice: La Palabra, la que hizo el mundo, que lo sostiene y lo guía, se hizo carne y puso su tienda entre nosotros. En el lenguaje de san Juan, hacerse carne significa hacerse realmente hombre, y poner su tienda entre nosotros significa que vino a nosotros para vivir en medio de nosotros. Y aquí podemos volver a Belén y al pesebre del que nos hablaban Mateo y Lucas: éste niño es la Palabra de Dios, que se ha hecho carne y ha plantado su tienda entre nosotros. ¿Qué significa esto? Que Dios no se ha conformado con crearnos, ni con hablarnos por medio de los profetas, ni de hablarnos por otros intermediarios o amarnos a distancia, por más que él lo llena todo y lo invade todo. El ha querido hablarnos cara a cara y amarnos de forma humana, de forma que nosotros pudiéramos entender su amor, y ha querido, por este mismo amor, compartir todo lo nuestro: Esto es **"Y la Palabra de hizo carne y puso su morada entre nosotros"**. Juan nos ayuda a interpretar el hecho del que Mateo y Lucas nos dan noticia: el que nace es la razón de ser de todo, el amor que lo origina y lo sostiene todo, que se hace hombre verdadero para darnos y comunicarnos este amor de una forma más perfecta. Un amor que se derramará definitivamente y del todo en la cruz.

Pero este evangelio está lleno de sorpresas. San Juan da noticia de un hecho que él ha visto con sus ojos, una advertencia para nosotros. Dice: **«Vino a los suyos y los suyos no le recibieron»**, así resume la falta de fe de Israel en la persona de Jesús, que fue rechazado. Por grande que sea, este amor puede ser rechazado por nosotros. Pero enseguida añade san Juan: **«Pero a los que le recibieron les dio poder de llegar a ser hijos de Dios, si creen en él»**. Y aquí llegamos a otra de las riquezas de esta fiesta: No es que sólo Dios se haga hombre, y que muestre así su amor por nosotros. Hay más: este amor que se nos da humanamente es capaz, si lo acogemos con fe, de acrecentar nuestra naturaleza, de elevarnos por encima de lo que naturalmente

somos, hasta hacernos partícipes de lo que sólo él es. Sólo Jesús es el Hijo de Dios, sólo él tiene acceso directo al Padre, sólo él recibe de su Padre la vida eterna. Y al hacerse hombre viene a hacernos partícipes de su naturaleza y de lo que él tiene: su ser Hijo, su puesto en la Trinidad.

Éste es un admirable intercambio: él se hace hombre para hacernos dioses, él se hace hijo de María, para hacernos a nosotros hijos de Dios, él participa de nuestra vida humana, para hacernos a nosotros partícipes de su vida divina.

Y termina el Evangelio y termino también yo: **«A Dios nadie le ha visto jamás, el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él nos lo da a conocer».**

Queridos hermanos, ninguno de nosotros es digno de tanto. Adoremos en nuestro corazón este misterio de amor que se nos ofrece. Demos gracias a Dios por su Hijo nacido como hombre. Alegrémonos y demos Gloria al Dios que en su Hijo se nos ha dado a conocer y en su Hijo nos llama a él.

Alabado sea Jesucristo.

p. Enrique Santayana C.O.